

muchos perecieron muy pronto, cosa que yo no me explico bien, pues aunque se posaban en las paredes internas de aquellas no se podían herir, siendo probable que la pena de verse cautivos les ocasionara la muerte. Varios de los que me presentaron estaban ya moribundos, y los mas de los otros perecieron en las primeras veinticuatro horas. No hacían caso alguno de las perchas donde se posaban sus compañeros, y se daban golpes contra las paredes. Revoloteaban bastante tiempo delante de ellas; luego bajaban lentamente, agitando las alas, y caían al fin sin fuerzas, pero se levantaban pronto para volar de nuevo junto á la pared; á veces



Fig. 124.—EL OXIPOGON DE LINDEN

caían detrás de los cofres ó cajas que había en la habitación, y no teniendo allí espacio suficiente para remontarse, morían sin auxilio. Tal fué la suerte de muchos; así es, que de los veinticinco colibrís que me presentaron, solo pude conservar siete.

Debo advertir que estas aves difieren en cuanto al carácter: las unas estaban tristes y melancólicas; otras manifestaban mucha timidez, y las demás mostrábanse dóciles y alegres desde los primeros momentos de su cautividad.

Adopté un plan muy sencillo para acostumbrarlas á la habitación y enseñarles el vaso que contenía el jarabe. Cuando se abría la cesta donde las llevaban, solían volar hácia el techo, rara vez á la ventana; al cabo de pocos instantes comenzaban á rozar las paredes con el pecho ó el pico; y fijando un poco la atención, era fácil reconocer cuándo comenzaban á cansarse. En aquel momento, dejábanse coger, por lo regular, y se les podía colocar sobre el dedo. Entonces me ponía un poco de azúcar en la boca, é introducía su pico entre mis labios. Algunos comenzaban á chupar desde luego;

pero con mas frecuencia era preciso excitarles repetidamente, si bien se acostumbraban todos al poco tiempo. Conseguido esto, colocaba el colibrí sobre la percha, y si tenía buen carácter, quedábase en ella; despues le presentaba un vaso lleno de jarabe, y bastábale probarlo una ó dos veces para saber buscarle luego, pudiéndose considerar ya como domesticado. A partir de aquel instante, el colibrí no hacía ya mas que volar por la habitación, descansando por momentos en su percha. A veces se perseguían dos individuos mutuamente: parecióme que lo hacían por divertirse; pero una observación mas minuciosa me demostró que solo volaban para cazar insectos invisibles á nuestra vista; á menudo oí cómo chasqueaban su pico, y una ó dos veces observé que cogían moscas, bastante grandes para poderse ver. Por lo regular no volaban largo tiempo sin descansar un poco; solo franqueaban una distancia de dos piés, y volvían despues á su sitio, como lo hacen los papamoscas. Por lo demás, los colibrís se pueden considerar como papamoscas muy perfectos; yo calculo, tomando las cifras mas bajas, que una de estas aves coge al menos tres insectos por minuto, casi sin interrupción, desde las primeras horas de la mañana hasta la tarde. En el estado libre, sus cacerías, sobre todo las que practican de esta suerte, son tal vez menos fructuosas, y por eso se alimentan principalmente de los insectos pequeños que encuentran en el interior de las flores; pero sus movimientos en tales casos son los mismos que los del colibrí cautivo. Mis aves volaban también á veces junto á las paredes y recogían las moscas prendidas en las telas de araña.

Su manera de beber era muy curiosa: no volaban directamente hácia el vaso del jarabe, sino que describían sobre él de doce á veinte vueltas en espiral, una mas baja que la otra; bebían con frecuencia, pero muy poco á la vez, lo cual no era obstáculo para que cinco individuos apurasen en un día un cortadillo; sus excrementos eran líquidos y de la misma consistencia que el jarabe que bebían.

Hasta una hora bastante avanzada de la tarde no se entregaban al descanso; á la del crepúsculo seguían cazando todavía; y ni aun por la noche estaban tranquilos, bastando la menor cosa para excitarlos. Si se entraba en la habitación con una luz, despertábanse uno ó dos; parecían entonces tan salvajes como en el momento de cogerlos en el campo; volaban contra la pared, y si no se tenía cuidado, moríanse de miedo.

Una vez acostumbrados mis colibrís á su habitación, puse cinco en una gran jaula, uno de cuyos lados estaba provisto de una red metálica. Inspirábame algun temor este cambio, y por lo mismo no hice la prueba hasta la tarde, esperando que la noche los calmara. Antes de esto, habíales acostumbrado poco á poco á ir á beber jarabe á la jaula, de modo que no debía ser para ellos un albergue desconocido. Cuando cerré la puertecilla revolotearon un poco por todos lados; pero al día siguiente tuve el gusto de verlos á todos posados en sus perchas, y bebiendo en el vasito del jarabe. Poco despues introduje en la jaula otros dos machos, y mas tarde una hembra; al otro día se había acercado esta á un colibrí de larga cola, que ocupaba él solo una de las perchas, y esforzábale por despertar su amor. Saltaba sobre el palito tan cerca del macho, que le tocaba siempre; provocábale con sus juegos, agitaba las alas, volaba por encima de él, y hacia ademán de posarse sobre su lomo. Con gran sentimiento mio, el macho se mostró muy descortés, ó por lo menos indiferente á tantas pruebas de ternura.

Esperaba poder llevar mis colibrís á Inglaterra, y creí que estaban vencidas las mayores dificultades; pero mis ilusiones debían desvanecerse. Apenas habían estado una semana en jaula, comenzaron las desgracias: perdí dos cada día; á la se-

mana siguiente, solo me quedaba un individuo, y aun este debía seguir bien pronto la suerte de sus compañeros. Procuré adquirir mas, aunque inútilmente, pues había pasado ya la estación de la caza. La imposibilidad de hallar bastante número de insectos fué, á no dudarlo, causa de la muerte de mis cautivos: bebían jarabe; pero esto no bastaba para conservarlos. Todos murieron muy enflaquecidos, y su estómago estaba tan acorchado que apenas se podía reconocer: en una habitación habrían podido cazar algunos insectos; en una estrecha jaula no tuvieron ya este recurso.

Yarrell cree que sería posible acostumbrar á los colibrís pequeños que se cogen en el nido á que se alimentaran con jarabe: al decir esto solo prueba una cosa, y es que no ha visto nunca individuos vivos. A los perros se les puede nutrir algun tiempo con azúcar; pero solo se consigue con esto prepararlos para la muerte. A mí no me cabe duda que es completamente imposible conservar colibrís sin darles mas que miel y azúcar, aunque se les podría acostumbrar á otro régimen.

Al principio sería necesario darles larvas de hormiga,

que se reemplazarian mas tarde con bizcocho mezclado con yema de huevo; para hacérselo comer sería preciso recurrir al medio indicado por Gosse; en verano convendría darles flores frescas. De este modo creo que se podrían traer colibrís vivos á Europa, y conservarlos, por lo menos algun tiempo. El experimento de Gould viene á probar la posibilidad de lo que ahora digo.

Mis colibrís de América, dice este autor, estaban muy domesticados: los tenía en una jaula de doce pulgadas de largo por siete de ancho, y ocho de altura; en el interior había una ramita de árbol de la que pendía un frasco de vidrio, el cual llenaba yo todos los días de jarabe y yema de huevo. Este alimento parecía convenir perfectamente á mis cautivos, al menos mientras recorriamos la costa de América, y cuando atravesábamos el Atlántico; mas apenas hubieron de sufrir la influencia del clima de Europa, y al llegar á la altura de la costa occidental de Irlanda, presentaron síntomas irrecurables de extenuación, y no se recobraron mas. Conseguí, no obstante, llevar uno vivo á Londres; pero murió al siguiente día de su llegada.

CUARTO ORDEN

PÍCIDOS — PÍCI

Por la misma razon que consideramos á los loros y á los colibrís como órdenes especiales, formaremos tambien otro independiente con la generalidad de los pícidos. La mayor parte de los ornitólogos no son de este parecer, pues agrupan los loros con los pícidos y una gran parte de los leviostros; si bien parece que la opinion de que los loros, pícidos y cucúlidos tienen poco de comun va ganando cada vez mas y mas terreno. En efecto, los pícidos forman un grupo tan distinto de los demás, que no creemos incurrir en error al elevar este grupo al rango de órden. Si los examinamos de cerca, los pícidos ofrecen una estructura tan especial, y por lo tanto un género de vida tan diferente, que no pueden clasificarse con otras aves trepadoras.

CARACTÉRES.— Los pícidos tienen el cuerpo prolongado; el pico fuerte, recto, cónico, de arista dorsal aguda y punta acerada; las patas cortas, robustas y vueltas hácia dentro; los dedos largos y opuestos dos á dos, con los dos anteriores soldados entre sí, hasta la mitad de su primera falange. En estas aves, el dedo anterior externo, que es el mas largo, está inclinado hácia atrás, y situado junto al verdadero dedo posterior, mucho mas pequeño que el otro, pudiendo suceder que este sea rudimentario, en cuyo caso solo tienen tres dedos, provistos todos de uñas muy grandes, fuertes, aceradas y encorvadas en semicírculo. Las alas, de mediana extension y un poco redondeadas, tienen las diez rémiges primarias angostas y puntiagudas; las nueve ó doce secundarias mas anchas, y un poco mas cortas; la primera rémige es muy pequeña, la segunda mediana, y la tercera ó la cuarta mas larga que las otras. La cola se compone de rectrices muy flexibles y elásticas, de bardas apretadas, aglutinadas entre sí en su mitad basilar, con barbas mas espesas, libres en su mitad terminal, é inclinadas hácia abajo, de manera que comunican

á la pluma el aspecto de un tejadillo, representando el tallo la arista. Debajo está la segunda rectriz media, cuya conformación es la misma; y mas inferiormente se halla la tercera: á esta última se parece la cuarta rectriz de cada lado; pero la quinta presenta la forma ordinaria de estas plumas, y la sexta tiene una estructura particular.

En el plumaje falta casi del todo el plumon, y de consiguiente predominan las plumas exteriores, que se distinguen por su escaso tallo; son pequeñas en la cabeza, ovales y prolongadas á menudo en forma de moño, divididas á manera de cabellera y muy espesas; en el tronco son anchas, cortas y escasas, dispuestas en varias placas, entre las cuales la mas notable es la que casi siempre se extiende sin division alguna hasta los omoplatos, donde á menudo forma dos campos laterales. Una de las placas ocupa por lo regular el centro de los hombros; desde la base del pico hasta el occipucio corre una línea desprovista de plumas.

En medio de todas las variaciones de plumaje, manifiéstase en él cierta uniformidad: los sexos se distinguen generalmente por la coloración de la cabeza. Mejor que en toda otra familia, es posible dividir los pícidos en varios grupos, segun su color; siendo ya antigua y conocida la clasificación en picos negros, verdes, abigarrados, etc.

Los órganos internos de estas aves presentan tantas particularidades como los externos. El esqueleto es de graciosa forma; el cráneo de tamaño regular; la coronilla muy abovedada; desde los huesos nasales corre por ambos lados hácia atrás una especie de faja, en cuya parte exterior hay un surco que recoge las extremidades del hueso de la lengua; el cartilago de las órbitas solo presenta una abertura; el esfenoides se compone de dos huesecitos colocados uno junto á otro ó separados; el palatino se estrecha en ambos lados

hacia atrás hasta la articulación del esfenoides, y por delante está soldado con los maxilares superiores; el hueso cuadrado es en extremo corto. Los omoplatos son cortos y se ensanchan en su extremidad en forma de lóbulos; la horquilla es endeble; las clavículas muy fuertes; el esternon mas ancho por detrás que por delante, y con profundas escotaduras en los lados; su quilla es apenas deprimida en el borde externo.

Cuéntanse doce vértebras cervicales, siete u ocho dorsales y ocho caudales; la última es muy grande y fuerte; su superficie superior, en extremo ancha, provista de apófisis espinosas largas y fuertes.

La lengua merece fijar nuestra atención: es pequeña, córnea, muy afilada, y provista en cada uno de sus bordes de cinco ó seis sedas ó aguijones, cortos y rígidos, que se inclinan hacia atrás como los ganchos de la punta de una flecha (figura 125). «Esta pequeña lengua, dice Burmeister, se inserta en un hueso hioides, recto, del largo del pico, y del cual parten, dirigiéndose hacia atrás, dos apófisis, compuesta cada una de dos piezas que tienen doble longitud de la del cuerpo del hueso. El hioides está encerrado en un estuche elástico cubierto de papilas, y oculto en la boca, asemejándose á un resorte ó muelle susceptible de extenderse en línea recta. Cuando el ave descansa, los dos cuernos del hueso hioides rodean el occipucio y se dirigen hacia la frente, donde se transforman en subcutáneos; sus extremidades llegan á la vaina córnea del pico, pasan de las fosas nasales y se alojan en una canal especial. Si el ave saca la lengua, descenden á la vaina elástica del hueso hioides, saliendo así aquella del pico varias pulgadas.» A esta conformación del aparato lingual corresponde un desarrollo considerable de un par de glándulas mucosas, que se extienden á los lados de la mandíbula inferior, hasta por debajo del conducto auditivo, y segregan un líquido viscoso que humedece la lengua: disposición análoga á la que presentan los hormigueros. Los pícidos carecen de buche; su ventrículo subcenturiado es largo y el estómago musculoso. Los ciegos faltan ó son rudimentarios, en cambio existe la vesícula biliar.

Es evidente que con tales órganos están conformados los pícidos admirablemente para ciertos actos. Sus aceradas uñas se cogen á una superficie ancha, permitiéndoles sostenerse sin trabajo en troncos verticales; y su cola les sirve de apoyo, impidiéndoles deslizarse ó escurrirse. No solo las extremidades de las ocho grandes retrices, sino las de todas las otras plumas y las barbas de las tres retrices medias de cada lado, se aplican contra el tronco, y hallan en la menor desigualdad un punto de apoyo excelente. El pico, vigoroso y cortante, es muy á propósito para partir la corteza; la cola sirve á la vez de palanca y de resorte. La lengua puede penetrar en los mas estrechos agujeros, y gracias á su movilidad, le es dado seguir todos los contornos de la galería que recorre un insecto.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los pícidos están representados en todas las partes de la tierra excepto en la Nueva Holanda, la Océania y Madagascar. Segun Gloger, su número aumenta en razon directa de la extension que ocupan los bosques. El área de dispersion de una especie es bastante limitada: los continentes y aun en ellos sus diversas comarcas poseen no solo especies sino tambien géneros y aun tribus propias; una misma especie puede encontrarse en Asia y en Europa; pero las del antiguo continente difieren de las del Nuevo Mundo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Las enormes selvas vírgenes de los países tropicales, y particularmente de las Indias y de la América del sur, representan para estas aves un verdadero paraíso. El Africa alimenta pocas especies, y casi todas de pequeña talla: en los bosques del Brasil figu-

ran los pícidos en el número de las aves mas comunes y extendidas.

«En todas partes, dice el príncipe de Wied, encuentran troncos de árboles carcomidos; por do quiera hallan en abundancia los insectos que les sirven de pasto. En el centro del Brasil, allí donde ninguna voz humana interrumpe el silencio del desierto, se puede tener la seguridad de oír resonar el grito de alguna de estas aves; pero no es solo en las selvas vírgenes donde están confinadas; animan tambien los bosquecillos, los matorrales y hasta los lugares descubiertos.»

Difícil seria explicar el por qué no existen los pícidos en ciertos cantones.

Gloger supone que evitan los árboles de corteza sólida y madera dura; pero esto no armoniza con el hecho que señalamos, toda vez que en los bosques de aquellos países existen muchos árboles que no llenan tales condiciones, y por otra parte, hay trepadores que, mas aun que los pícidos, tienen una organización poco á propósito, al parecer, para vivir en los árboles de madera dura.

En la Europa central frecuentan los bosques, plantíos y jardines, pero siempre aislados, pues tambien son poco sociables con sus semejantes. Sin embargo, se les encuentra á veces en compañía de otras pequeñas aves del bosque, á las cuales sirven entonces de guía; pero muy raras veces se les ve reunidos con otros de su orden ó de su familia. Puede suceder, no obstante, que se hallen en un mismo árbol dos ó tres diferentes especies de pícidos, mas no hacen aprecio una de otra. Reúnense, sin embargo, á menudo muchos individuos de una ó de varias especies, cuando hay abundancia de alimento en cierto sitio; tambien se ven en la época de sus viajes numerosos grupos, y segun aseguran algunos observadores, grandes bandadas.

El área de dispersion de cada especie puede ser bastante limitada, ó por el contrario, muy extensa. Las especies alemanas, con la única excepcion del pico menor, habitan en casi toda la Europa y tambien en el norte del Africa central; otras, en cambio, tienen una patria muy limitada. Cada continente posee sus especies propias y hasta sus grupos, los cuales, sin embargo, apenas representan géneros, y menos aun sub-familias, á causa de su gran uniformidad.

Ciertas condiciones mas ó menos uniformes favorecen la propagación de algunas especies, como sucede en casi todas las aves; los bosques compuestos de varias clases de árboles aseguran la existencia de otras en un mismo territorio. Los pícidos dependen mas que la mayor parte de las aves de determinados árboles: cierto que varios de ellos anidan en los bosques de abetos así como en los de árboles frondosos, pero prefieren siempre los unos y faltan del todo en regiones donde predominan los otros, ó por lo menos los visitan solo de paso.

Mas dependen aun de la naturaleza de los árboles por las condiciones que ofrecen para anidar; y aunque por este concepto parezcan mas independientes que otras aves que anidan en huecos, puesto que ellas mismas los abren, no sucede así. No todos los pícidos encuentran en un extenso bosque un árbol conveniente, como le necesitan para construir su nido, y hé aquí porqué se alejan de muchos. Se sirven de los huecos, no solamente para la incubación sino tambien para dormir, y por eso no les conviene habitar en un territorio muy extenso, pues todas las noches deben volver al centro del mismo, es decir, á su nido. En su consecuencia solo visitan de paso los bosques que no les ofrecen la conveniencia necesaria, y no se les ve en ellos ciertos meses del año. Cuando cambian las condiciones, es decir, cuando un solo árbol adquiere las cualidades apetecibles para poder servir de nido, el hecho no pasa desapercibido para el ave, y la mis-

ma especie que faltaba hacia mas de cuarenta años, vuelve á presentarse, con gran alegría del observador. Solo así se explica la disminución de algunas especies ó el aumento de otras en ciertas regiones vigiladas por expertos observadores.

Todos los pícidos observan esencialmente el mismo género de vida: casi siempre están trepando ó durmiendo; permanecen cogidos á las paredes de su albergue en la misma postura que cuando están despiertos; rara vez bajan á tierra, y en caso de hacerlo, dan saltitos torpemente. No les gusta volar á larga distancia, y no porque tal ejercicio les fatigue, sino porque no pasan por delante de un árbol sin posarse, á fin de buscar los insectos que puedan estar ocultos.

Los pícidos describen una línea muy ondulada cuando vuelan: al remontarse aletean ruidosa y precipitadamente; de pronto recogen las alas, dejándose caer oblicuamente para elevarse de nuevo. Al llegar cerca de un árbol, dirigen hacia el pié, se cogen al tronco y trepan rápidamente; á menudo suben trazando una espiral; rara vez avanzan por ramas horizontales; algunas veces bajan un poco por el tronco, pero siempre de espalda y nunca de cabeza, la cual inclinan muy hacia atrás, lo mismo que el cuello y el pecho, cuando están cogidos: al saltar para remontarse, mueven la cabeza. Su pico funciona á la vez como tijera ó martillo; con el auxilio de este órgano desprenden pedazos de corteza mas ó menos grandes, descubriendo así los insectos en su retiro; los cogen con su lengua y se los tragan.

No he podido explicarme aun bien cómo se verifica esto, á pesar de repetidas observaciones en individuos domesticados. Cuando se tiene un pico cautivo en una jaula de techo sólido y se perfora este en diferentes sitios, poniendo encima algun alimento favorito, se podrán ver muy bien los movimientos de la lengua; pero por mas que el observador se esfuerce en explicárselos, nunca obtendrá un conocimiento exacto; siempre quedan dudas. Puede suponerse desde luego que las ramas opuestas en la dura punta córnea de la lengua prestan sus servicios, extrayendo mas de una larva de su escondite; pero obsérvase tambien que objetos de alimento, por ejemplo larvas de hormiga, introduce el pico sin que el ave se sirva para eso de la punta de la lengua. Esta última, que tiene la forma de un gusano, se alarga por el agujero del techo, dóblase y se vuelve con incomparable agilidad en todas las direcciones, hasta que encuentra la larva de hormiga ó un gusano de harina. En muchos casos recogen la presa traspasándola con la punta de la lengua; otras veces, sin embargo, se observan algunos movimientos serpentinos de aquella, y la larva desaparece con el órgano tan rápidamente, que no es posible ver si quedó pegada ó sujeta por medio de una circunvolucion. Gracias á esta ligereza y elasticidad de la lengua el pico puede recorrer con ella los agujeros mas laberínticos de un insecto que destruye la madera, y sacarle de su escondite para devorarlo. Por este concepto debemos considerar al ave como un guardabosque de primera clase.

La mayor parte de los pícidos se alimentan con preferencia de varias clases de insectos en todos los estados de su desarrollo, pero principalmente de los que viven ocultos en los árboles, dentro ó debajo de la corteza, ó ya en la madera misma; algunos comen tambien diferentes bayas y simientes y hasta recogen provisiones de estas últimas para el invierno. Se acusa á varias especies americanas de que en ciertos casos saquean algun nido de ave para devorar los huevos y la cria ó alimentar con ellos á su progenie; y segun veremos despues, se ha dicho lo mismo de nuestras especies: los informes que en este concepto se han obtenido no parecen confirmados en manera alguna, y aun deberán hacerse observaciones exactas sobre el particular.

El carácter de los pícidos es grave al parecer; pero alegre en realidad. Esto lo demuestran todas las especies que se tienen en cautividad, domesticadas hasta el punto de haberse familiarizado completamente con su amo. El que los conoce no podrá negar que son aves astutas, y el que los conserva mucho tiempo en cautividad, ya en la habitación ó en la jaula, sabe tambien que tienen algo de grotesco. «A decir verdad, escribe Liebe, no puede esperarse de ellos mucha finura; sus costumbres son las de los habitantes del bosque, de los carboneros, de los leñadores y otra gente de esta clase á la que no se admite en los salones. Sin embargo, su modo de conducirse agrada mucho al que los mira sin preocupacion.» Lo mismo debe decirse de los pícidos en libertad. ¿Quién desearia ver nuestros bosques sin estos pequeños carpinteros? Su voz alegre ya al observador, y sobre todo sus gritos, tan semejantes á una carcajada; se oyen desde muy lejos, así en bosques como en campos, y tan claramente revelan la alegría, que sin duda debemos contar á los pícidos entre las aves mas favorecidas.

El rumor que producen con sus picos cuando se cuelgan de una rama seca para perforarla es muy particular, asemejándose en cierto modo al toque del tambor, al rechinar del torno ó al ruido que hacen los carpinteros al dar golpes con el mazo. Segun el tamaño de la rama, este ruido es mas ó menos fuerte; pero siempre se oye á mucha distancia. Wiese supone que esta extraña música tiene relacion con el tiempo, pues cree que los pícidos pronostican como ningun otro ser los cambios de temperatura; y tambien opina que pueden producir á veces el ruido para hacer salir los insectos de la rama; pero esto es sin duda erróneo, pues todas las observaciones inducen á suponer que el macho ejecuta su tamborileo en honor de la hembra. No se sabe aun de cierto si esta expresa sus sentimientos lo mismo que el macho; pero si es cosa averiguada que el pico excita con su tamborileo á los individuos de su especie, los cuales acuden para aceptar la lucha. Tambien se sabe que imitando ese rumor se puede atraer á los picos. Estas aves se sirven, pues, en cierto modo de su órgano mas importante para expresar sus sentimientos.

Los pícidos anidan siempre en el agujero de un tronco de árbol del cual desprenden algunas astillas para formar una especie de lecho. Cada puesta consta de tres á ocho huevos de color blanco puro y lustroso, los cuales cubren alternativamente el macho y la hembra. En el momento de nacer los hijuelos son hediondos y apenas se asemejan en nada á los padres; trepan muy pronto, y aun antes de echar toda la pluma. Cuando comienzan á volar, permanecen aun con sus progenitores algun tiempo; pero muy luego los ahuyentan.

UTILIDAD.—Nunca se repetirá bastante que los picos no pueden menos de sernos útiles y que no nos causan daño alguno. Bernstein es el primer naturalista que abogó por ellos, pues repetidas observaciones, durante varios años, le permitieron reconocer que estas aves no tienen defectos. Los naturalistas posteriores han confirmado tal opinion, y á pesar de todo, existen hoy todavia personas bastante ignorantes para pretender que el pico perjudica á los árboles. Koenig, autor de un tratado de agricultura, ha tenido atrevimiento de formular semejante acusación contra dichas aves.

Altum no se declara en favor de los adversarios de nuestras aves; pero considerándolas bajo otro punto de vista, acusa á los picos principalmente de tres cosas. En su opinion perjudican los bosques al exterminar las útiles hormigas, y al devorar las simientes; los agujeros que practican en los árboles dan lugar á la producción de setas destructoras; y por último, perjudican los árboles jóvenes al descortezarlos.

Yo puedo aumentar aun esta lista de sus fechorías, añan-